

**Lizabe, Gladys**

*Alan D. Deyermond (1932-2009)*

Letras N° 61-62, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Lizabe, Gladys (2010). Alan D. Deyermond (1932-2009) [en línea], *Letras*, 61-62, 15-17. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/alan-deyermond-1932-2009.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## Alan D. Deyermond (1932-2009)

Gladys LIZABE

Universidad Nacional de Cuyo

Un hombre sin edad –aunque parece tener entre cuarenta y cuarenta y cinco–, sonriente, delgado, no muy alto y con un generoso mechón de pelo que le cruza de un lado a otro la calvicie, abre la puerta y me recibe con un abrazo ‘muy inglés’, que revela a un poco habituado abrazador que no mide el ‘apretón’ que da. Inmediatamente me invita a pasar a su despacho que, en el piso superior, resulta ser la habitación trasera de una típica casa inglesa de dos pisos que mira al jardín. Una mesa de madera sólida, antigua y familiar, preside el lugar y desborda de libros, papeles, artículos, diarios, revistas, separatas, cartas, ‘jandotes’ –palabra que acuñada por quien yo visito terminará por serme familiar y querida–, sobres sin abrir o abiertos hace mucho..., todo reunido, apilado y sobreviviendo en un mismo plano junto con unos dibujos infantiles y unas palabras balbuceantes escritas por Ruth, que escribe con tiza en un pizarrón negro. Ese día la pequeña niña ha acompañado a su papá porque está enferma y mamá Ann no ha podido quedarse en casa a cuidarla; como es profesora –y su esposo siempre dice “de las muy buenas y queridas por los estudiantes”–, no puede faltar y tiene que ir a dar clases de Historia. Ruth no sólo está enferma sino sorprendida porque papá no habla en inglés conmigo como lo hace con ella. La generosa mesa también alberga unas tazas que mi anfitrión rápidamente retira y trae con un humeante té acompañado de bizcochos de manteca.

Así conocí a Alan Deyermond en 1981, en el Departamento de Español de Westfield College, en esa oficina-aula-taller-lugar de reunión cuyas añosas bibliotecas generosas de volúmenes, él mismo literalmente atacaba durante una clase o encuentro tutorial, cuando debía recitar los versos exactos de Pero Meogo o cuando necesitaba remitirse al *cupiditas radix malorum est* que permeaba la intencionalidad del *Libro de Buen Amor* o cuando debía recordar los versos de una Santa María Egipciaca que “perdida de amor de la lujuria” hacía de las suyas con los peregrinos en viaje a Tierra Santa o cuando citaba desde el propio texto los oficios de Celestina, y nos convencía de que Alisa había sucumbido al poder de la magia porque ¿cómo explicarse que fuera a ver a su hermana dejando en manos de la vieja alcoholada a su única hija sino era por efectos de una extensión de la *philocaptio*? O cuando, aún más para sorpresa de nosotros, se posesionaba y entraba en polémica unipersonal, viva y sostenida con don Ramón Menéndez Pidal cuyas teorías sobre la épica hispánica el mismo Alan revisaba minuciosa y reflexivamente, y remataba con el propio y *sui generis* recitado con acento británico de unos “sos oios tan fuertemente llorando” que mi maestro conocía como la palma de la mano.

Gladys LIZABE

Alan Deyermond creó y mantuvo ese espacio físico, mental, intelectual y afectivo de Finchley Road en el distinguido barrio de Hampstead y lo convirtió por vocación, esfuerzo y convicción personales en el centro neurálgico del joven e incipiente así como maduro y asentado hispanomedievalismo británico e internacional de fines del siglo XX, por el que, durante más de veinte años, pasaron decenas y decenas de ansiosos jóvenes y renombrados académicos a los que Alan recibía con los brazos abiertos. Allí, a los jóvenes a quienes dedicó su vida, nos enseñó con fundamentos, claridad y solidez que la literatura era una ciencia y que la medieval hispánica en particular se regía y consolidaba con unos principios, temas, problemas, convenciones y prácticas anclados en la historia, la cultura, la economía, la filosofía, la ideología, la poética y la retórica, las políticas dinásticas, la religión –todavía recuerdo mi perplejidad cuando nos enseñó que el sermón era literatura ejemplar producida desde el púlpito y había sido fundamental para el surgimiento de la narrativa castellana–, los intereses de familias y monasterios que promocionaban o excluían autores, géneros, modas literarias. Alan Deyermond proponía una mirada renovada y científica de la literatura medieval como subsistema de la historia cultural de una época en la que se entramaban multiplicidad de tradiciones y factores –desde los personales del autor, educativos, de experiencias estéticas y literarias particulares, de pertenencia a un estamento o género hasta los relacionados con las mentalidades, con la supremacía de una lengua y/o de una corte o casa real–. En fin, Alan nos enseñó a concebir esa literatura con libertad, pasión y rigor y nos guió con sincero e inmenso afecto, dedicación, alegría y hasta alguna merecida reprimenda, por la mente y el espíritu, y por el alma y el cuerpo de una cultura medieval que vivía ante nuestros ojos e invitaba a re-descubirla y re-definirla como un nuevo objeto de estudio. Si Alan se convirtió en un verdadero e inolvidable Maestro fue porque nos respetó y nos apreció como personas y como jóvenes en busca de conocimientos que desde distintas latitudes y con las más diversas formaciones humanas y académicas, nos acercamos a él para nutrirnos de su inconmensurable sabiduría y energía.

Durante los seis años que de Alan fui alumna, sufrí y gocé las reuniones individuales de los viernes a la tarde en los que debía rendir cuenta de lo que había pensado y hecho –terror mediante de mi parte, que sentía que nunca estaba a la altura de la inteligencia y conocimientos del maestro–. También gocé verlo recibir con orgullo, humildad, admiración y respeto a distinguidos visitantes en su *Medieval Hispanic Research Seminar* (MHRS) que, creado y sostenido por su tesón y espíritu, mostraba el culto de la amistad profesional que Alan primorosamente cultivaba con colegas, amigos, estudiantes y todo aquel que se le acercaba. Cuando el Seminario festejó sus quince años, preparé unos bizcochos medievales que resultaron muy exitosos para acompañar el clásico y siempre bienvenido *sherry* de Alan. Sin embargo, mi fortuna medieval –mientras más alto subes, de más alto caerás– hizo que errara al momento de referir la fuente culinaria que Alan –*of course*– sabía de memoria y citó a la perfección, añadiendo: “Gladys: un error es mucho”. Desde ese momento, claro está, esa afirmación se ha convertido en lema personal.

Por suerte para los simples mortales, el maestro también tenía su lado humano: para movilizarse en auto, dependía de Ann, la esposa que lo acompañó toda la vida, ya que él nunca había aprendido a manejar; para manifestar su desaprobación por lo que alguien pensaba y opinaba o cuando una respuesta no lo satisfacía o era pobre, incorrecta o desacertada, fruncía el temible entrecejo. Además, si bien se declaraba miembro de la liga del buen aire, comprobé en una cena personal que fumaba unos terribles puros capaces de derribar a la más fuerte de las Serranas del Arcipreste, de quien él mismo se reía cuando en clase las representaba

Alan D. Deyermond (1932-2009)

muy hombrunas con su presa al hombro esperando el pago del viajero. También lo vi padecer cuando se presentó a concurso en una prestigiosísima universidad inglesa y no ganó porque –afirmaba– había otras tradiciones que se lo habían impedido. También sufrió cuando en 1986 falleció su colega y amigo Keith Whinnom. Cuando supo que su biblioteca estaba a la venta, nos lo comunicó. Muchos de esos volúmenes terminaron en jóvenes manos y ocupan hoy un lugar de privilegio en nuestras bibliotecas. De todas formas, la fortaleza de ánimo, el espíritu indomable aunque silencioso, y la pasión y convencimiento por lo que hacía fueron puntales que lo pusieron a prueba cuando se jubiló: como personal retirado, debió abandonar su despacho en el *campus* y se ubicó en una oficina, también en un primer piso como la de Finchley Road, pero fuera del *campus* de Queen Mary y Westfield College –devenido uno a fines de los '80–, y arriba de un pub. A pesar de todo, Alan siguió activo y generoso, escribiendo, editando sus *Papers*, revisando manuscritos de artículos, libros, tesis... pero sobre todo continuó sembrando entusiasmos por la cultura medieval hispánica. La crueldad del sistema británico poco pudo contra el autor de más de doscientos artículos y de una veintena de libros, contra un Académico Miembro de la British Academy, de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y de la Real Academia Española, contra el Miembro de Honor de Comités Científicos e innumerables Sociedades y Presidente y Ex Presidente de tantas otras, ganador del Premio Nebrija, director de decenas de tesis doctorales en las que el hispano-medievalismo siempre salía ganador y rezumante de vida y emoción gracias al espíritu inclaudicable de un humilde y siempre honesto estudioso que, nacido de casualidad en Egipto por destino de un padre militar, un día afortunado decidió dedicarse a los estudios hispánicos...

El tímido sol inglés golpea una ventana, Alan sonriente la abre y junto con Ann y Tom, con su hocico presto, me invitan de nuevo a pasar. Una humeante taza de té me da la bienvenida y los dibuja para siempre en la eternidad.